

La Novela  
ESPANOLA

Eduardo  
Zamacois



ARGÜELLE



30  
PES

el hotel

# La Novela ESPAÑOLA

PUBLICACION QUINCENAL

DIRECTOR :

A. FERNANDEZ ESCOBÉS

COLABORADORES :

Mario AGUILAR

Victor ALBA

Domènec de BELLMUNT

Juan B. BERGUA

Alfonso CAMIN

Luis CAPDEVILA

Alejandro CASONA

Mercedes COMAPOSADA

F. CONTRERAS PAZO

Ezequiel ENDÉRIZ

Antonio ESPINA

Angel FERRAN

Ramon J. SENDER

Roberto MADRID

Dr. Félix MARTI IBAÑEZ

Alvaro de ORRIOLS

José Maria PUYOL

Mateo SANTOS

Arturo SERRANO PLAJA

Eduardo ZAMACOIS

DIBUJANTE :

Antonio ARGÜELLO

PROXIMO NUMERO :

UNA ANTOLOGIA  
POPULAR DE



ANTONIO MACHADO

## CAMPOS Y HOMBRES DE ESPAÑA

CON PROLOGO DE

MARIO AGUILAR

---

Suscripciones, correspondencia y giros (C. C.P. 1191-56 al Administrador :  
D. TORRES : 10, RUE DE LANGUEDOC. TOULOUSE (HTE-GNE)

*La Novela*  
**ESPAÑOLA**

EDUARDO ZAMACOIS

# EL HOTEL VACIO

NOVELA CORTA INEDITA



EDICIONES FRANCO-ESPAÑOLAS  
17, RUE DIEU — TOULOUSE

**N.º 2**

El original es propiedad del autor

Tous droits de traduction, de  
reproduction et d'adaptation  
réservés pour tous les pays, y  
compris la Russie.

Copyright by LA NOVELA  
ESPAÑOLA, 1948.

Dépôt légal

Premier trimestre 19 8

**N U M E R O S   P U B L I C A D O S :**

**1. A. FERNANDEZ ESCOBÉS : ¿ Para quién te pintas los labios, Marilena ?**

---

**I m p r i m é   e n   F r a n c e**

**Imprimerie Portes & San José, 41, route d'Agde — TOULOUSE**



## PROLOGO



**D**ECLINA la tarde y un claror triste, una luz macilenta en la que se disuelve un silencio, descende, tal que una llovizna, sobre la ciudad; pronto lucirán los faroles.

Ante la terraza del café donde mi amigo y yo nos aburríamos, pasa un hombre que sujeta nuestra atención. Le reconocemos enseguida: es el novelista Fabián Cano, a quien — por igual — su talento y sus amoríos dieron fama. Su sombrero y su traje negros, parecen envolver un dolor. Camina despacio. Es alto y enjuto, y su semblante tiene la serenidad de líneas y la palidez eucarística que ennoblece a los muertos.

Yo. — ¡ Cuánto ha encanecido !...

MI AMIGO. — Mucho. Los frívolos, nacidos para vivir entre risas, se hacen viejos apenas el sufrimiento les roza. Semejantes a esas plantas de salón que se amustian al sol,

ellos no pueden resistir el dolor, verdadero sol de las almas.

Yo. — ¡ Y Fabián ha sufrido ?

MI AMIGO — Sí. Cuando el artista comprende que no posee corazón bastante para amar, debe tener el talento y la voluntad de « inventarse » un amor. Elso hizo él...

Yo. — ¡ Y ese amor ?...

MI AMIGO (*Suspirando*). — Se le ha muerto. Me consta que batalló cuanto pudo por salvarlo. Lo cuidaba, lo alimentaba, como a un hijo enfermo. ¡ Hasta contra sus propias pasiones lo defendió !... Estaba persuadido de que aquel cariño era mentira, pero a fuer de artista, se obstinaba en que la hermosa ficción se trocase en verdad. Al cabo, fracasó.

Yo. — Pronto olvidará su derrota; es joven aún, es célebre... es rico... ¡ Le sobrarán mujeres !...

MI AMIGO. — No digas lijerías. Un millonario lo puede comprar todo, menos el amor; y si no tiene amor ¿ qué tendrá ?... Nada; será un pobrecito hombre. En este caso se halla Fabián.

(*Pausa*) ¡ Tú crees en los « en-

volvimientos », en las sugerencias a distancia ?...

Hago un gesto impreciso.

MI AMIGO. — Debes creer. Las mujeres que nos amaron intensamente, y por cualquier motivo se apartaron de nosotros, al recordarnos tejen a nuestro alrededor una sutilísima red magnética, una especie de tela de araña ideal, que casi siempre nos es adversa; y no porque « Ellas » nos deseen la ruina o la muerte, sino porque su pensamiento, al detenerse en nosotros, nos deprime. Cuando tú, de súbito y sin saber por qué, en un festín o en un baile te quedas triste, es porque una mujer, que en otros tiempos fué tuya, se ha acordado de ti (*Se interrumpe y prosigue*). Esa inmensa melancolía, ese trágico pesimismo que aflige a los « profesionales » de la seducción cuando están solos; su irritabilidad, su descontento, su hipocondría, su suspirar constante, su miedo a « sentirse », corroboran mi opinión. Como a los santos, en los cuadros místicos, a « Don Juan » le acompaña un nimbo, alimentado por millares de ideas — unas regocijadas, otras dolientes — de las amadas que fué dejando atrás, y ese halo de memoranzas, esa tenue gasa de efluvios eléctricos llegados a él nadie sabría decir de dónde, le oprimen las sienes y el pecho. No lo dudes: un remordimiento no suele ser más que el eco con que nuestra alma contesta subconscientemente al recuerdo que alguien ausente nos dedica. Esto le sucede a Fabián; su corazón está arruinado.

Yo (*Incrédulo*). — ¿ Qué sabes tú ?... ¿ Acaso se lo has visto ?

MI AMIGO (*Gravemente*). — Muchas veces; a la agonía de su corazón he asistido, y tú, si gustas, puedes presenciársela también, pues aun no ha terminado.

Yo. — ¿ Cómo ?...

MI AMIGO. — Con auxilio de una radiotelefonía y de una fototelefonía, aplicadas a las almas, cuyos secretos conozco. Ven. Si alcanzámos a Fabián comprobarás la exactitud de mis palabras.

Nos levantamos y echamos a andar en la dirección por donde el escritor ha desaparecido. No tardamos en darle alcance.

MI AMIGO (*Entregándome un aparatito poco mayor que una nuez*). — Este mecanismo, de mi invención, nos permite conocer cuanto piensa y siente una persona colocada a tres metros exactamente de nosotros. Acerquémonos algo más.

En aquel momento Fabián Cano se encuentra con unos amigos. La sorpresa de verles le ha iluminado el rostro.

Yo. — Parece contento...

MI AMIGO. — No fíes en apariencias. Como el jugador de raza, cuando pierde, la persona que sufre, si es elegante — y Fabián lo es en grado sumo — no hace demostraciones de dolor. En un semblante inteligente y verdaderamente educado, nunca leeremos nada. Es al abismo del corazón, por tanto, adonde necesitamos descender (*Calculando de una ojeada la breve distancia que nos separa de nuestro perseguido*). Aquí estamos bien.

Yo. — ¿ Qué hago ahora ?

MI AMIGO. — Oprimir bien el

aparato que te he dado. Cuanto más lo aprietes, mayor será la claridad de su expresión. No temas romperlo.

Sigo sus indicaciones, maravillado y vencido por la fe de su acento.

MI AMIGO (*En cuyos ojos insólitamente asoma un extraño resplan-*

*dor de hechicería*). — ¿Empiezas a ver algo?...

Yo. — Sí... sí... me parece que sí...

MI AMIGO. — Hazte cargo que acabas de entrar en un teatro. Un drama comienza. Vas a ver morir un corazón. Nada tan espantoso ni, al mismo tiempo, más artístico. ¿No dijo Oscar Wilde que « lo hermoso es lo trágico »?...





## E S C E N A R I O



A escena representa una especie de aposento circular; el suelo y los muros son cóncavos, y el techo abovedado. Este aposento, que vibra sin parar y rezuma sangre, es un Corazón. Al comenzar el drama, las paredes son de un color rojo intenso, arrebatado, que gradualmente irá palideciendo. A compás de las incidencias del diálogo se las verá latir, resquebrajarse, cual si un temblor sísmico las sacudiera; o hincharse, semejantes a una vela de navío llena de viento; una vela púrpura; como aquellas de « El buque fantasma », de Wagner.

Ni la Avaricia, ni la Codicia, ni el Egoísmo toman parte en la acción, en lo que harto se echa de ver que aquella entraña es la de un artista. El verdadero Yo, ególatra, tampoco aparece. Al final del drama, el Corazón se quedará negro, porque la eterna noche del no sentir habrá entrado en él.

## M O M E N T O P R I M E R O

**E**N el suelo, un mancebo bello y desnudo — el Amor — duerme profundamente. Su silueta no se acusa bien; dijérase que una niebla le cubre y le envuelve en silencio.

Un enjambre de larvas — sentimientos embrionarios, pálidos, amémicos, cobardes, inconcluidos — platican en voz baja. Son mucilaginosas, invertebradas, frías, blancuzcas...

*Arracimados por los rincones, millares de vermes inferiores escuchan. Parecen gusanos, o, mejor aún, proyectos de gusanos. Unos son amarillentos, como el pus; otros verdosos, como la lepra.*

LARVA PRIMERA (*Desperezándose*). — ¡ Qué fastidio !...

LARVA SEGUNDA. — ¿ Te aburres ?

LARVA PRIMERA. — Muchísimo.

LARVA TERCERA. — Y yo (*Repite*

*el gesto tedioso de su compañera*).  
¡ Dios nos dé paciencia !

LARVA SEGUNDA. — Hacemos mal en quejarnos. Este hondo reposo que nos circunda, este « no desear nada », son deliciosos. En la quietud los sentidos cardinales se enmohecen, se corrompen, y en la pudrición nosotras medramos.

LARVA PRIMERA. — Cierto. Yo, como tú, adoro el reposo; las aguas estancadas son mis favoritas. Pero, aunque no me mueva, me gusta ver cómo se agitan y batallan los demás. No me negarás que en esta casa antaño se vivía bien.

LARVA SEGUNDA (*Sin convicción*). — Tal vez...

LARVA PRIMERA. — Acuérdate. Entonces Fabián, nuestro amo, derramaba alegría y su Corazón, rebosante de amistades y de amoríos, semejaba un enorme hotel lleno de gente. Todo era rebullicio, músicas, carcajadas, proyectos... y a cada momento, vestida con un traje de cascabeles de oro y entre taponazos de champagne, llegaba una cita.

LARVA TERCERA. — Razonas bien (*Suspirando*). ¡ Aquí las preocupaciones no anidaban; aquí siempre había sol !...

LARVA PRIMERA. — Hasta que apareció el Amor, y a latigazos despidió a todos los huéspedes. Las alegrías de entonces eran superficiales y las penas tampoco alcanzaban al subsuelo vulgar en que nosotros nos pudríamos felices; pero el amor sabe clavar su arado más hondo, y rompió nuestra paz. ¡ Maldito sea quien nos trajo la noche !...

LARVA SEGUNDA. — ¡ Maldito !...

LARVA TERCERA. — ¡ Maldito !...

CORO DE LARVAS. — ¡ Maldito, mil veces !... ¡ Que el demonio le lleve y le arrastre lejos de nosotras por

los cabellos !... ¡ Que, como a los leprosos, la carne se le despegue de los huesos !...

*El Amor se estremece, sin despertar. Un silencio.*

LARVA PRIMERA. — ¡ Os acordáis de las orgías que aquí se celebraban ?...

LARVA SEGUNDA. — ¡ Cómo olvidarlas ?

LARVA PRIMERA. — A diario, la Lujuria, la Aventura, la Ambición o la Vanidad, que, para parecer más alta, andaba siempre de puntillas, improvisaban banquetes locos y, desnudas, emborrachaban al Corazón, que de gozo latía y se hinchaba. Más de una vez creí que iba a romperse, y temí por su vida. Y de aquel magnífico pasado ruidoso... ¿ qué resta ?... ¿ Dónde se esconde hogaño la Lujuria, la diosa voraz de las mejillas lívidas ?...

LARVA SEGUNDA. — ¡ Y qué ha sido de la Ambición, la diosa de la boca sedienta y los senos pujantes ?...

LARVA TERCERA. — Y de la Aventura, mi preferida, ¿ qué se hizo ? ¿ Quién apagó las esmeraldas de sus ojos ?

LARVA PRIMERA. — ¿ Quién había de ser, hermana, sino el maldito Amor ?... (*Interrumpiéndose*). Aunque seamos justas y no alteremos la verdad de los hechos. Realmente no fué el Amor, sino el caballero Ideal, quien acabó con aquellas bacanales memorables. Acordáos : Fabián iba a cumplir veintitrés años cuando esto sucedió. Un día su Corazón retembló cual si fuera a derrumbarse y a saltar en añicos, y vimos aparecer un adolescente bellísimo, una especie de « Lohen-

grin », vestido de oro y nimbado de luz. Su presencia, más que respeto, inspiraba miedo. Caminaba con la frente vuelta hacia arriba, hacia lo astral; sus ojos extáticos despedían llamas, y en su diestra fulguraba una espada, que era un rayo de sol. Enteleridas de espanto todas enmudecimos y no cesábamos de mirarle. Hasta las Pasiones se escabulleron, acobardadas, por los rincones. « ¿ Es un dios ? », le pregunté, callandito, a una Larva vieja que estaba a mi lado. Y repuso : « Bien podemos decir que es un dios, porque es el Ideal ». Transcurrido aquel primer momento de estupor, comenzó la lucha entre el Ideal (nuevo arcángel San Miguel) y las Pasiones, que, recobradas de su sorpresa, se apercebían al combate.

LARVA SEGUNDA. — ¡ Duelo terrible fué aquel !

LARVA PRIMERA. — Mas de un año duró, y en ese tiempo los adversarios, que peleaban a muerte, no se otorgaron ni una tregua.

LARVA SEGUNDA. — ¡ Cuánto sufrió Fabián !...

LARVA PRIMERA. — Una jaula llena de fieras salvajes era su Corazón. Como enceladas tigresas se defendían las Pasiones, a quienes la espada de fuego del Ideal acorralaba y entrecogía día y noche, y todas solicitaban el auxilio del Amor, indeciso. « Sígueme », le gritaba la Lujuria. Y la Aventura repetía : « ¡ Síguenos, vente con nosotras; yo renovaré para ti todos los caminos !... » Ellas dos eran las más fuertes. Pero el Caballero Ideal a todas temerariamente se impuso : a la Vanidad la flageló hasta que sus manos manaron sangre; a la Aventura le sacó los ojos,

con lo cual la despojó de su hechizo verde; a la Lujuria la castró y le amputó los senos... y así, una a una, a todas las Pasiones fué echándolas del Corazón y se proclamó Rey.

LARVA SEGUNDA. — Doce años duró su dictadura.

LARVA TERCERA. — Años de agitación productora, de hiperestesia espiritual; años de misoginismo y de insomnio, de los que reniego porque nosotras, en la ociosidad y entre las fermentaciones de la crápula vivimos mejor.

LARVA SEGUNDA. — Durante aquel período no nos era posible hablar de nada placentero. El amo pensaba en la gloria, en el arte... ¡ en escribir ! Su vida adquirió una unilateralidad aborrecible. Diríase que el cerebro se le había bajado al Corazón. Las mujeres habían muerto para él...

LARVA PRIMERA. — Así estuvimos hasta que el Amor se presentó.

VOCES (A lo lejos). — ¡ Que muera !... ¡ Muera el maldito, el réprobo !...

LARVA PRIMERA (Aludiendo a estos rumores hostiles). — ¡ Tienen razón en odiarle !... En la época que sucedió al destronamiento de las Pasiones, arrastramos una existencia tristísima; nuestro tirano nos hostigaba, nos obligaba a rebullirnos, a desperezarnos; ¡ no quería que hubiese Larvas en sus dominios !... ¡ Todo, a su alrededor, había de moverse, de vibrar !... « ¡ No transijo con las aguas quietas ! », le oímos gritar. Nada le interesaba como no fuese algo ingente, muy lejano y muy alto, de cuya visión jamás distraía sus ojos. No dormía, no sosegaba. La Vida, para él, reducíase a una cuesta

arriba. Con tamaño trajín nuestro amo enflaqueció; cuando no escribía o leía, andaba de zoco en colodro allegando datos para sus libros futuros. Si se advertía fatigado, en vez de reposarse, que hubiera sido lo discreto, ingería drogas excitantes, y su Corazón empezó a sufrir palpitaciones. Sin tregua, el Ideal le acuciaba, le mordía en las entrañas; era como un fuego..., como una ponzoña...

LARVA SEGUNDA. — ¡ Ojalá volvieran aquellos tiempos, no obstante ser tan malos !...

LARVA PRIMERA. — Conformes, porque el imperio del Amor ha sido terrible (*Pausa*). Me parece ver todavía la saña, la ferocidad salvaje con que el Caballero Ideal y el Amor se batieron. Boca contra boca; a puñadas, a rodillazos, a puntapiés; con las uñas, con los dientes...

LARVA SEGUNDA. — Fué un lance de infierno.

LARVA PRIMERA. — Su recuerdo me escalofría aún.

LARVA SEGUNDA. — Y a mí.

LARVA TERCERA. — Y a mí, también (*Tiembla*).

LARVA PRIMERA. — Estaba el Ideal laborando y, como siempre, ataviado magníficamente de oro y de luz, cuando el Amor se presentó. ¿ Por dónde ? ; No se sabe !... Pero era tan ágil, tan alegre, tan prepotente, tan soberanamente venusto, que el Corazón, todo él, empezó a palpar como nunca lo hiciera. Sorprendido el Ideal interrumpió su faena y palideció. El déspota, que dejó a Fabián sin amoríos y que había sabido imponerse a las peores fieras del bosque pasional, perdió su aplomo. ; Yo vi, hermanas, yo vi cómo sus mejillas se des-

colorían, de miedo primero, de cólera después !... Tras unos instantes de estupor, pudo desanudar la lengua : « ¿ Qué buscas aquí ? », dijo. El Amor repuso, mirando en torno suyo : « Lo busco todo; lo exijo todo para mí. » El Ideal exclamó : « ¿ Y yo ?... ¿ Y mi obra empezada ?... ¿ Y mis laureles todavía en flor ?... » A cuyas angustiosas interrogaciones el recién llegado contestó, dominador y despectivo, como un dios : « Tú te irás... y tu obra quedará inconcluída... y se marchitarán tus laureles... ¿ A qué inquietarme por nada que no sea yo mismo ?... » Y en el arranque insolente que imprimió a sus palabras comprendí que aquel pronombre personal, su orgullo lo escribía con mayúscula. Desmoralizado, claudicante, el Ideal intentó recabar el apoyo del amo. « ¿ Qué hago ? » musitó angustiado. Fabián no contestó. El interpelante reiteró su pregunta, y de nuevo el interpelado guardó silencio. Era evidente que se inhibía de la cuestión. Comprendiéndolo así, el Ideal, a la desesperada, aceptó el reto de su enemigo. Sin embargo, trató de contemporizar con él. « ¿ No crees — insinuó —, que en este Corazón cabemos los dos ? » ...Pero su rival rechazó el pacto. « ¡ No ! — dijo —...; este Corazón, como todos aquellos en que ejercí dominio, únicamente para mí ha de ser. Vamos a pelearlo ». Entonces se acometieron, y tras un implacable cuerpo a cuerpo de varios años, el Amor mató al Ideal, y a rastras lo echó fuera del Corazón; que ya no amaba su arte !...

LARVA SEGUNDA (*Rencorosamente*)  
— De poco le ha servido.

LARVA TERCERA. — ¿ De poco ?...

Di, más bien, de nada. Porque el mismo abuso que hizo de su fuerza le ha arruinado. Quien todo lo pudo, yace inerme; el imperio que la espada de llamas del Ideal no consiguió destruir, con el favor del Tiempo lo derrumbaron silenciosamente el Hastío y los Celos (*Refiriéndose al Amor, que dormita*). Miradle : es una piltrafa.

LARVA SEGUNDA. — Creyérasele moribundo.

LARVA TERCERA. — De su costado brota sangre abundante. La lanzada que le dieron a Cristo, él la sufre también. ¿ Quién pudo herirle ?

LARVA TERCERA. — El Tiempo, el ingrato eterno, que, porque todo lo logra, de todo se cansa.

LARVA SEGUNDA. — Y Fabián entretanto. ¿ qué piensa hacer ?...

LARVA PRIMERA. — Nada : suspi-

ra, se aburre, se lamenta y, a veces, llora. Ya no lee ni escribe, ni procura. Su cerebro duerme, y su carne también. Los hombres, en las circunstancias por que él atraviesa, lo primero que pierden es la brújula: entiéndase la voluntad. Ahora mismo el amo come, duerme, digiere... y nada más. En su Corazón la Vida se ha detenido : es una Larva.

LARVA SEGUNDA (*Escéptica*). — Pero ¿ tanto ha querido a esa mujer, a quien ya, por lo visto, le es imposible seguir queriendo ?...

LARVA PRIMERA. — Con su alma entera y con todas sus entrañas la quiso. Podéis jurarlo. Como la mayor parte de las vidas, en la suya hubo muchos amoríos. ¿ Demasiados !... Pero cuanto existe de fundamental y constante en su corazón, es obra de « Ella ». Esa mujer es « el argumento de su biografía ».

# SEGUNDO MOMENTO

**E**L Olvido aparece; es un enano peliblanco, encorvado y medio tullido; camina a menudos y acelerados pasos, y se emplea de continuo en fregar las paredes del Corazón con una esponja que solamente borra los buenos recuerdos.

VARIAS LARVAS (*Alegremente*). — ¡ Mirad, quién viene ahí !...

OTRAS. — Ya le vemos. Nosotras simpatizamos mucho con él.

UNA. — Desagradecidas seríamos si no le quisiésemos, pues nos trae el reposo, nuestro alimento preferido.

LARVA PRIMERA (*Al Olvido*). — ¿ Dónde estabas ?

EL OLVIDO. — Por ahí, trabajando; yo trabajo siempre... Soy la lengua del Tiempo.

UNA LARVA. — ¿ Oíste lo que decíamos de ti ?

EL OLVIDO. — Lo presumo. No es difícil presumirlo.

LARVA PRIMERA. — Hablábamos de lo mucho que te queremos.

EL OLVIDO. — ¡ Natural !... Vosotras amáis el sueño y la quietud, y seríais completamente felices si en torno vuestro nada trepidase ni tuviera color.

VARIAS LARVAS. — Moverse es el peor de los suplicios.

EL OLVIDO. — Pero yo traigo la

paz; y si conforme borro los recuerdos buenos acertase a desvanecer también los malos, me queríais más aún...

EL AMOR (*Con acento perceptible apenas*). — Me muero...

*Larguísimo tiempo hacía que callaba, y así estas dos palabras, aunque balbuceadas extenuadamente, producen impresión. A la vez millares de Larvas, unas verdosas, con el verdor turbio de las aguas corrompidas, otras amarillentas, como esputos, dirigen a él sus ojuelos parpadeantes. Harto se comprende que allí el Amor, aunque callado y moribundo, es todavía protagonista.*

UNA LARVA. — ¿ Habéis oído ?

OTRA. — Sí.

LARVA PRIMERA. — ¿ Qué dijo ?

EL OLVIDO. — Dijo que se muere. Desfallece. ¿ No véis que le quito el alimento ? ¿ De qué se alimenta, el cuitado, si no es de recuerdos ?...

DIVERSAS LARVAS. — ¡ Es verdad !

EL AMOR (*Entre dientes*). — Me muero... creo que me desangro...

EL OLVIDO (*Hablando consigo mismo*). — Aciertas, pues con sangre tuya fuiste escribiendo lo que yo borro ahora.

*Un silencio.*

EL AMOR. — ¿ Quién anda ahí ?  
(*Abre los párpados con la lentitud desabrida de quien está seguro de no ver nada agradable.*)

EL OLVIDO. — Soy yo.

EL AMOR (*Luego de contemplarle tristemente*). — Ah, ¿ eres tú...

EL OLVIDO. — Yo, sí; el cómplice alegre de los amoríos, y el enemigo mortal del Amor.

EL AMOR. — ¿ Bien hablaste, mal-sín !...

EL OLVIDO. — Mi tarea, que beneficia a aquéllos y les ayuda a reír, a ti te destruye.

EL AMOR. — Pero conmigo no eres justo, porque el daño que yo, durante mi reinado, haya podido hacer, sin intención lo hice; mientras mis acciones nobles y generosas, obra exclusiva son de mi voluntad.

EL OLVIDO (*Que no cesa de limpiar*). — Lo reconozco.

EL AMOR. — Pues, si lo reconoces... ¿ por qué me traicionas ? ¿ Por qué le quitas al Corazón los recuerdos bondadosos que conserva de ti, y merced a los cuales me quiere, y le dejas los malos para que me odie ?...

EL OLVIDO. — La esponja con que trabajo no tiene fuerza para llevarse a los segundos; el buril del Dolor ahonda mucho.

EL AMOR (*Suplicante*). — Frota mejor.

EL OLVIDO. — Perdería el tiempo.

EL AMOR. — Prueba; no me desampares. Ayúdame.

EL OLVIDO. — Sería inútil. La Felicidad acaricia y el Dolor hiere... ¿ Comprendes ?... La caricia es frívola, se queda en la epidermis; el sufrimiento, en cambio, baja a las entrañas. Si el Destino lo ordenó así ¿ qué puedo yo hacer ?...

EL AMOR (*Dejándose caer, como aniquilado*). — ¿ Qué va a ser de mí ?... ; Dios mío !... ; Dios mío !...

UNAS LARVAS A OTRAS. — ; Mudanzas del tiempo ! Ahí tenéis a quien, hasta hace poco, fué César y ahora es mendigo.

*De súbito el Corazón empieza a latir. Aceleradamente sus paredes se hinchan, se alacian y vuelven a soplarse, para de nuevo enflaquecer. Es evidente que una especie de terrible huracán las sacude.*

UNA LARVA. — Escucha : parece que ha estallado un motín.

OTRA. — Mejor.

OTRA. — O peor. ¿ Qué sabemos ?...

VOCES DENTRO. — ; Llegó el día de las represalias !... ; Adelante sin miedo !...

LARVA PRIMERA (*Estirando sus orejas fusiformes*). — No cabe duda : crepita una revolución. Esperemos que Dios cuidará de nosotras.

VOCES DENTRO. — ; Abajo la dictadura !... ; Muera el opresor !...

UNA LARVA. — Las insurrecciones comienzan no bien el tirano agoniza.

OTRA. — Aquí no estamos seguras; busquemos un abrigo.

LARVA PRIMERA. — Huyamos.

*Rápidamente ellas y el Olvido se esconden, a tiempo que la Lujuria, la Aventura, la Ambición y la Vanidad reaparecen. Tras ellas, arrastrando un poco los pies, llega el Ideal : roto, herido, exangüe, sin lanza y sin escudo. ; Infeliz caballero !*

EL AMOR (*Alzando la frente*). —

¿ Qué escándalo es ese?... ¿ Quién así se atreve a levantar la voz en mis dominios ?

LAS PASIONES. — Somos nosotras.

EL AMOR (*Cuyos párpados se clausuran de tristeza y fatiga*). — ¿ Vosotras?... ¿ Quiénes ? (*Vuelve a dormir*).

LA LUJURIA. — ¿ Todavía no has muerto ?

LA AVENTURA. — Jamás hubiera creído que su agonía fuese tan lenta (*Acercándose para mejor observarle*). Apenas respira...; tiene los ojos turbios... (*Palpándole el rostro y las manos*) ; Está frío !...

EL AMOR (*Entre sueños*). — Dejádme dormir... ; Yo sólo quiero dormir !...

LAS PASIONES (*A coro*). — No haya compasión para el déspota. ¿ La tuvo él de nosotras ?

LA AMBICION. — Debe finar, y pronto; de lo contrario seríamos nosotras las muertas. ; De milagro nos hemos salvado !...

LA LUJURIA. — A Fabián no le interesan las mujeres.

LA AVENTURA. — Ni los viajes. Cuando ve partir un tren o despedirse un barco del muelle, no se pone triste.

LA VANIDAD. — Tampoco dedica a sus trajes/aquella minuciosa atención que antes les consagraba, ni toma la palabra en los banquetes, ni asiste a los teatros, en las noches de estreno, ni procura brillar en los salones aristocráticos, según antaño hacía.

LA AMBICION. — Tampoco a mí me oye. ; Lástima de tiempo perdido !... ; Menos mal si aun, a pesar de sus cuarenta años, conseguimos ganarle para nosotras !...

LA LUJURIA. — Le encuentro muy usado.

LA AVENTURA. — Muy desilusionado... muy retraído...

*Un silencio.*

LAS PASIONES (*Que acaban de advertir la presencia del Ideal*). — ; Miserable ! ; Estás aquí otra vez ?...

EL IDEAL (*Modestamente*). — Vuelvo del destierro, como vosotras, y al igual de vosotras acudo a vengarme. La hora dilecta de las represalias ha sonado para todos.

LAS PASIONES (*A coro*). — ; Marmarracho !... ; Fantasmón ! (*Mirándole con infinito desprecio*) ; Mendigo !...

*El Ideal suspira y humilla la cabeza.*

ELLAS (*A la vez*). — ¿ Qué adelantaste, echándonos de aquí ?...

UNA. — ¿ Qué hiciste de tu espada de fuego ?

OTRA. — ¿ Quién apagó el que había en tus ojos ?...

OTRA. — El caballero que no podía trabajar si no estaba solo (*Sarcástica*). Le molestaban las mujeres, el juego, los viajes... (*Dándole un empujón*). ; Pordiosero !... Ganas me dan de escupir sobre ti.

*Pausa. Las Pasiones, reconociéndose menos fuerte que antaño, lamentan su juventud desperdiciada. Ya ni su alegría ni su arranque son los mismos.*

LA LUJURIA (*Cuyos cabellos empiezan a grisear*). — La brasa roja de mis apetitos ha palidecido.

LA AVENTURA. — Los caminos empiezan a cansarme.

LA AMBICION. — ¿ Dónde fueron



aquellas noches de casino en que la Fortuna, enloquecida corría sobre el tapete verde de las mesas de juego como una yegua « pur sang » por un hipodromo ?

LA VANIDAD. — ¿ Y qué diré yo, cuando hasta la afición a verme retratada en los periódicos he perdido?... (Al Ideal.) ¿ Todo por tu culpa, maldito !...

LA AMBICION (Preparando sus uñas de águila). — ¿ Acabamos con él ? ¿ Es la ocasión !...

EL IDEAL. — No abuséis de un vencido. En lugar de destrozarnos mutuamente, aliémonos contra nuestro común enemigo el Amor, más fuerte aún, no obstante sus descabros, que todos nosotros.

LAS PASIONES. — Como discreto hablaste.

EL IDEAL. — La unión nos permitirá derrotar al César.

UNA VOZ. — ¿ Y después ?...

EL IDEAL. — Extrañado el Amor, vosotras y yo arreglaremos cuentas.

OTRA VOZ. — Acabaremos contigo.

EL IDEAL. — Quizá... (Aparte.) Si en la demanda me ayuda la Castidad, como creo, saldré vencedor (A las Pasiones.) ¿ Cerramos contra él ?

UNA VOZ. — ¡ Sí, sí !

VARIAS VOCES. — ¡ Muera el Amor !

*Las Larvas que representan la opinión, el vulgacho; las Larvas que vivían de las migajas caídas de las mesas donde las Pasiones celebraban sus copiosas saturnales, unen sus vocecitas a los vozarrones protestantes. Largo rato se prolonga el griterío. No obstante el Amor duerme. De súbito el Corazón, que yacía aletargado, se rebulle. Una*

*tras otra, dos palpitaciones dolorosas lo han estremecido.*

CORO DE VOCES FURIOSAS. — ¡ Muera el Amor !... ¡ Que Satanás ase su carne precita y coma de ella !... ¡ Muera quien a todos nos cubrió de tristeza !...

*El griterío es tan prolongado, tan grande, tan ronco, que en ocasiones recuerda el lamento interminable del oceano.*

EL CORAZON (Sacudiendo al fin, su modorra). — ¿ Qué sucede ?... ¿ Qué inquietud es esta ?... ¿ Quién habla dentro de mí ?

UNA VOZ. — Nosotras...

EL CORAZON. — ¿ Quiénes ?...

LAS PASIONES. — ¿ No nos reconoces, ingrato ?... Las Pasiones... ¡ tus amigas antiguas !...

EL CORAZON (Suspirando). — ¡ Ah, sí !... Ya os recuerdo...

EL IDEAL. — Yo he resucitado con ellas.

EL CORAZON. — ¡ Tú !... (Haciendo esfuerzos de memoria.) ¿ Quién eres tú ?...

EL IDEAL. — Tu compañero más fiel, el que durante doce años te animaba el trabajo y tendía sobre la cabeza de tu artista ramas de laurel... ¡ El Ideal !...

*Un silencio.*

EL CORAZON (Tristemente). — ¡ Es verdad !... ¡ Ya recuerdo ! Pero ¿ vivís aún ?... ¡ Y yo, que os había enterrado !...

LAS PASIONES Y EL IDEAL (Hablando a la vez). — Para salvarte estamos aquí; queremos devolverte la alegría de los años mozos; queremos aturdirte, poblarte de carcajadas y de quimeras.

EL CORAZON. — No perdáis vues-

tro tiempo. En mi hogar ya no se enciende lumbre. Estoy cansado.

VOCES. — Nosotras te traemos la juventud.

EL CORAZON. — Me siento viejo.

VOCES. — Te rejuveneceremos.

EL CORAZON. — ¡ Imposible ! (*Estremeciéndose.*) Pasiones mías, Ideal mío... ¿ cómo habréis de darme la juventud si la habéis perdido ?

VOCES. — No importa.

EL CORAZON. — ¡ Sí, importa; que no baldíamente pasaron cuarenta años sobre nosotros ! (*Al Ideal.*) ¡ Qué palido, qué asendereado y escurrido te encuentro, pobre hermano !...

EL IDEAL. — Yo sabré reponerme.

EL CORAZON. — Y aunque lo consigieras, ¿ quién nos devolvería el tiempo que hemos vivido separados ?... (*Dirigiéndose a las Pasiones y examinándolas una a una.*) Lujuria, mi vampiresa favorita, la que tantas veces me abrasó entre sus llamas... ¿ qué lacios están tus senos, qué blanco tu vientre, y tus flancos qué tristes !... Y tú, Ambición, ¿ qué te sucede que ya no sabes erguir la cabeza como antes ?... Y tú, Vanidad ¿ por qué no

caminas de puntillas, según antaño hacías y te peinas mejor ?... Y tú, Aventura que en otros tiempos me llevabas de la mano, ¿ por qué hogaño cojeas al andar ?...

VOCES. — ¡ Todo esto pasará !... ¡ Ten confianza en nosotras !... (*Unánimes.*) Es el Amor quien nos cohibe y nos tiene así.

EL CORAZON (*Extenuado*). — El Amor... (*Reparando en el dios que continúa dormido.*) ¡ Mi pobre Amor !...

VOCES. — No le compadezcas : cuantos males nos aflijen él los traigo.

EL CORAZON. — Aunque así fuese... ¡ Le he querido tanto ! ¡ Le quiero tanto aún !... (*Solloza.*)

*Un silencio.*

UNA LARVA. — ¿ Qué es eso ? ¿ Llueve ?...

OTRA. — No llueve (*Refiriéndose al Corazón*). Es que llora.

LARVA PRIMERA. — ¿ Y llora sangre ?... (*Asustada.*)

LARVA SEGUNDA. — Sangre, sí. ¡ Y de la más pura, de la más roja !... En esas lágrimas se derrite su vida.

# M O M E N T O                      T E R C E R O

**D**ESPERTADO por aquella porfiada y borrascosa algarabía, el Amor agonizante abre los ojos, y al incorporarse advierte que le sujetan unas guirnaldas de flores casi todas marchitas, enredadas a sus muñecas y a sus tarsos. Con terror mira a las Pasiones, erguidas y blancas, cual cirios funerarios, en torno suyo.

EL AMOR (*Colérico*). — ¿ Otra vez de vuelta ? ¿ Qué pretendéis qué esperáis, malditas ?...

LAS PASIONES Y EL IDEAL (*Con grave entono*). — Tu muerte esperamos.

EL AMOR. — ¿ Mi muerte !... Conformes... (*Desasidamente*.) Pero tened al menos la elegancia de esperarla en silencio. (*Oyendo llorar al Corazón*.) ¿ Por qué le hacéis sufrir ?...

EL IDEAL. — Para exasperar su odio hacia ti.

LAS PASIONES. — Para que comprenda mejor tu tiranía, infinitamente más rigurosa que la nuestra. Con nosotras, a intervalos, cuando estábamos cansadas el amo dormía.

EL IDEAL. — Conmigo también; yo le permitía dormir diariamente hasta tres y cuatro horas.

LAS PASIONES. — Pero desde que el Amor se señoreó aquí, los ojos de Fabián no se cerraron más. (*Al*

*dios*) ; Maldito !... Eres el insomnio eres la locura, eres la inquietud que nada sosiega, eres la interrogación eterna... ; La única para la cual la Suprema Sabiduría no halló respuesta !... Jamás te he visto harto, ni feliz; jamás tus labios bebieron bastante.

EL IDEAL, LAS PASIONES, LAS LARVAS (*Gritando furibundos*). — ¿ Que muera el insaciable !... ; Que le arrastren !...

EL CORAZON (*Aparte*). — ¿ Cuánto sufro !...

*El motín arrecia. Las pasiones vociferan se revuelven y suben como burbujas quemantes a la superficie del alma del artista, cuya conciencia en aquellos momentos semeja un líquido en ebullición.*

EL AMOR (*Cariñosamente*). — Corazón... (*Llamándole*) ¿ No me oyes, víctima adorada ?

EL CORAZON (*Palpitando acongojado*). — ¿ Me ahogo... me rompo !...

EL AMOR. — Oyeme... ¿ No quieres que hablemos como en los buenos tiempos ? (*Susurra sus palabras temeroso de que alguien le escuche*.)

EL CORAZON (*Amargamente*). — « ¿ Los buenos tiempos ! » ¿ Por qué fuiste tan duro, tan cruel, tan exigente con quien — como Fa-

bián — te metió en mí, su entraña más noble?... ¿ Por qué echaste lepra en mi sangre y me cubriste de semillas de angustia ?

EL AMOR. — Si yo te contase...

EL CORAZON. — ¿ Qué ibas a contarme ?

EL AMOR. — ¡ Ay!... ¡ si yo te explicase !...

EL CORAZON. — No quiero oírte más. ¡ Calla... vete!... ¡ Me infundes horror !...

EL AMOR. — Oyeme... ¡ Apiádate!... Te lo ruego en nombre de cuanto los dos hemos gozado y sufrido...

EL CORAZON. — ¡ No quiero!... ¡ Te odio!... (*Latiendo desesperadamente.*) ¡ Te odio!...

*El Olvido, el enano de las barbas blancas y de las piernas estevadas, se acerca al Amor cautelosamente. Su rostro macilento, surcado de arrugas desilusionadas, expresa melancolía.*

EL AMOR (*Receloso*). — ¿ Dónde te he visto yo ?

EL OLVIDO. — En ninguna parte Eras entonces demasiado grande para verme. Soy el Olvido.

EL AMOR (*Con asombro primero, y luego espantado*). — ¡ Por Dios cue jamás había creído en tu existencia!... (*Examinándole.*) ¡ Eres viejo!... (*Con desprecio.*)

EL OLVIDO. — No tanto como imaginas.

EL AMOR. — ¿ Cuántos años tienes ?...

EL OLVIDO. — Los mismos que tú.

EL AMOR. — ¡ Imposible !

EL OLVIDO. — Nacimos a la vez, y a la vez entramos en el Corazón; pero tú, hermoso y seguro de tu fuerza, no reparaste en mí. Yo an-

daba por los rincones y de puntillas; yo no hacía ruido...

EL AMOR (*Aterrado*). — Y ahora... traidor...

EL OLVIDO (*Hablando dulcemente*). — Ahora soy el amo, y te digo: « ¡ Vete!... »

EL AMOR. — Irme... ¿ adónde?... (*Llora.*)

EL OLVIDO. — Vete... Siempre hallarás un nido a que acogerte, pues el deseo da vueltas como el Sol, y lo que a este corazón le enfría, al de más allá lo enciende. Hazme caso; vete... huye...

EL AMOR. — No puedo.

EL OLVIDO. — ¿ Pretenderás engañar a quien lee en tu alma ?

EL AMOR. — Estoy encadenado.

EL OLVIDO. — Tus cadenas son de flores. ¿ No las veo yo?... Rómpe las.

EL AMOR. — Porque son de flores me parecen de hierro.

*Continúa hablando. Pausa.*

EL CORAZON (*Al oído y en voz queda*). — Llévatelo... te lo ruego; llévatelo.

EL OLVIDO. — ¿ Te sientes mejor ?...

EL CORAZON. — ¡ Gracias a ti!... Eres triste, pero eres piadoso. ¡ Dios te premie la paz lúgubre que me traes !

EL OLVIDO (*Conmovido*). — Duerme... procura dormir, caminante.

EL CORAZON. — Eso quiero; pero... ¡ arráncalo de aquí!...

EL AMOR. — ¿ De qué habláis ?

EL CORAZON (*Aterrado*). — ¡ Llévatelo!... porque si oigo sus palabras volveré a creer en él.

*Por toda respuesta, el Olvido se lleva un dedo a los labios, con cuyo*

*gesto recomienda paciencia y silencio a su interlocutor. Pausa. De repente las Pasiones, que hasta allí se mantuvieron aparte, inmersas en misteriosos cabildos, reanudan sus hostilidades y se acercan al dios.*

VARIAS VOCES. — ¿ Qué procuras?... ¿ Qué nueva zancadilla nos preparas ?

EL AMOR (*Animadamente*). — Quiero hablar con el Corazón : esclavo mío fué y tiene obligación de oírme.

VOCES IRACUNDAS. — ¡ Basta !... ¡ Echadle fuera !...

EL AMOR (*Con energía*). — No me iré sin que me haya oído.

LAS PASIONES. — El Diablo habita en él y le infunde su poder seductor. Mientras viva aquí no estaremos tranquilas.

EL OLVIDO (*Con un ademán laxo y apaciguador*). — No paséis cuidado. Sin uñas ni dientes, ¿ qué puede hacer ya ?... Está indefenso, está perdido. Todos los buenos recuerdos que fué dejando en el Corazón del Amo los he borrado yo.

*Estas palabras sosiegan a las Pasiones, que de nuevo se retiran a deliberar. En el silencio, el Corazón y su huésped discuten : éste, arrebatadamente; aquél, con pesadumbre y desgana. Mas apenas comienza el diálogo irrumpe en escena una figura flaca y blanca, y de actitudes glaciales.*

EL AMOR (*Desorbitados los ojos para mirar mejor*). — ¿ Es posible que hayas dado hospitalidad a esa mujer ?...

EL CORAZON. — ¿ A quién ?... No veo a nadie.

EL AMOR. — ¡ Nadie sabe ver lo que hay en él de malo !... Es la Ingratitud, la que acaba de entrar en ti.

EL CORAZON. — No la conozco.

EL AMOR. — Asistido por ella y por el Olvido, ¿ cómo recobrarte ?... Sin embargo, pelearé hasta el fin (*Con su más dulce voz*). ¿ Cómo pudiste separarte de « Ella » ? La echaste de tu lado y ahora estás hueco. « La Nada » te ocupa, Confiesa : el vacío de que estás lleno ¿ no te horroriza ?... Palpitas ¿ y para qué ?... Lo haces mecánicamente, como los relojes : palpitas sin emoción, sin gusto, porque ya a nadie esperas... (*El Corazón no contesta y el Amor continúa.*) « Ella » se fué y entonces sin tú advertirlo, perdiste la vida. (*Insinuante.*) ¿ Recuerdas su sonrisa ?... ¿ Recuerdas el magnífico raudal dorado de sus cabellos ?... ¿ Recuerdas su aliento que olía a manzanas ?...

*A estas palabras evocadoras sucede un silencio de estupor.*

LA INGRATITUD. — No la veo bien. El oro de su pelo y la púrpura de sus labios han palidecido. Hay sobre ellos como una capa de ceniza.

EL CORAZON (*Con asombro y dolor*). — ¿ Quién ha hablado ?... ¿ Quién pudo adivinar lo que yo iba a decir ?...

EL AMOR (*Reprimiendo el llanto*). ¿ Y su voz ?... Aquella voz de madrigal con que todas las mañanas, al despertarte, te preguntaba : « ¿ Dormiste bien, mi Corazón ? »... ¿ No suena ya en ti ?...

*Un silencio.*

LA INGRATITUD (*En el mismo tono*

*monotono con que antes habló).* — No la oigo bien.

EL AMOR (*Al Corazón*). — ¡ Acuérdate !... Acordarnos es escucharnos por dentro...

EL CORAZON (*Desasidamente*). — La voz que habló antes lo adivinó : no oigo bien.

EL AMOR. — ¡ No lo creo !... (*Con rabioso ímpetu*).

EL CORAZON. — Digo la verdad : nada, en ocasiones, suele parecer menos verosímil que la verdad.

EL AMOR. — Repito que no lo creo. ¡ No puede ser !... Si los barcos dejan una estela en el mar, tan movible, tan falso, tan inseguro, ¿ cómo « Ella » no había de dejar un rastro en ti ?

*Fatigado de discutir el Corazón calla.*

EL AMOR. — « Ella », la a un tiempo inteligente y apasionada; la que, según los momentos, sabía ser madre, amante o compañera, con lo que realizaba el milagro de ser tres veces diferente a sí misma; la que en el trance de la suprema voluptuosidad aceleraba tu latir para que el espasmo sexual fuese más violento; y en las horas de producción artística se metía dentro de ti y te llenaba de inquietud inefable... « ¡ Esa ! »... jamás... ¿ me oyés ?... jamás se irá de aquí. ¿ En qué asunto tuyo no habrá intervenido la hoy desterrada ?... Recuerda... Como la walkiria Brunilda a quien el dios Wotan condenó a yacer sobre una roca circundada de llamas hasta que un héroe, que no temiese al fuego, la despertase, tú también dormías sujeto a la roca infecunda de tu ociosidad y rodeado de Pasiones que eran las llamas que te

aislaban y que te consumían. Fué entonces cuando « Ella » se acercó a tu historia. « Ella » repitió la hazaña de Sigfrido; « Ella » ahuyentó a las Pasiones infames y templó las exigencias misóginas de un ideal, acaso demasiado frío; y así, merced a su influencia suave, tu inspiración se humanizó, adquirió mayor riqueza emotiva y obtuvo la victoria. A « Ella », pues, debes el ser novelista, ¡ un gran novelista !... y no un fabricante de novelas... (*El Amor se interrumpe para examinar a su oyente, y satisfecho de la impresión que su encendido alegato ha producido en éste, continúa*). Rememora las virtudes que adornan a esa mujer, que en ocasiones era tu admiradora y a ratos tu hembra, por lo cual se entregaba dos veces a ti (*Pausa breve*). Evócala : era graciosa, inteligente, dulce, bella, limpia y alegre. Sabía leer; quiero decir que sabía entender lo que leía; y sabía cocinar, y cuando de noche se arropaba en pieles para acompañarte al teatro, nadie hubiera creído que por la mañana estuvo en el Mercado buscando, de puesto en puesto lo que habías de comer (*Nueva pausa*). Despierta, Corazón; despabila y acuérdate de los infinitos cuidados que te prodigaba aquella Amorosa ejemplar; de cómo buscaba en vuestra casa los lugares donde el silencio y la buena luz habían de ser más propicios a tu inspiración; de la destreza con que te rodeaba de muebles confortables, y de cómo, por las noches, te atalantaba entre sus brazos blancos hasta que sus labios, con un último beso — un beso que era una oración — se quedaban dormidos sobre los tuyos. No hay en tu espíritu, ni en tu cuerpo, ni siquiera en tus baúles,

un rincón en donde sus ojos, infinitamente escrutadores en fuerza de estar infinitamente enamorados, no se hayan detenido. Acuérdate del celo con que te asistió las veces que estuviste enfermo, de la devoción humilde con que te lavaba y arreglaba los pies para que luego, en los viajes — decía riendo — la siguiesses con mayor diligencia y alegría; acuérdate de la inquietud con que a veces, creyéndote cansado, apoyaba contra ti sus orejitas para oírte palpar... (*Apremiante.*) Un Corazón como tú no puede conformarse con que le quieran mucho: necesita, además, que su compañera le ame inteligentemente; esto es: de un modo razonable y ayudador... ¡ como « Ella » sólo ha sabido amarte !... Acuérdate de ciertas mañanas en que tu pluma corría feliz sobre las cuartillas, y tú, considerando que la hora de almorzar se acercaba y que « Ella » había de llamarte a la mesa, pensabas: « ¡ Ojalá no lo haga aún ! ».. Y así sucedía. En cambio, otras veces, en que tu voluntad para el trabajo desertaba, « Ella » aparecía de súbito, diciéndote: « ¡ Quieres que almorcemos hoy más temprano ? »... Lo que te alegraba, pues te situaba en áiroso lugar ante tu conciencia. Y todo esto lo hacía tan a tiempo, porque vivía pensando en ti, y desde lejos te atisbaba, y sabía cuándo debía dejarte escribir y cuándo no. (*Con un insospechado calor en la voz.*) ¡ Acuérdate, Corazón, acuérdate !... (*Silencio breve.*) ¡ Acuérdate también de cómo las cartas que te enviaba durante un período en que estuvisteis separados y sufrías de la vista, las escribía con letra grande para que tus ojos no padeciesen; y de aquellas otras — pasan

de un millar — largas de tres y cuatro pliegos, en las que, si las revisases, no hallarías una página en blanco !...

*Una tregua.*

EL CORAZON (*Desoladamente*). — ¡ Me aconsejas recordar !... Yo bien quisiera. Pero... ¿ mis recuerdos dónde están ?... Artero, el Olvido se los llevó todos...

EL AMOR. — Todos, no; rebusca dentro de ti; aun te quedan algunos... ¡ Siempre hay fieles !...

EL CORAZON (*Mudando de tono*). — ¡ Calla !... No prosigas si no quieres que te arroje de aquí. Recuerdos de « Ella » guardo... ¡ y muchos !... pero todos malos. Recuerdos de traiciones y de sucios caprichos, con que la maldita me marcó a fuego.

EL AMOR. — ¿ Otra vez ?... (*Baja la cabeza, sus mejillas han palidecido*).

EL CORAZON. — ¿ Cómo otra vez ?... (*Impetuoso.*) ¡ Siempre !... Conmigo estarán intactos, frescos, dolorosos, como el primer día, hasta que yo me rompa. Me acuerdo de que otros labios, después de los míos, la besaron; me acuerdo de que una nocha — tras una larga ausencia — « Ella » empezó a acariciar a Fabián de un modo « nuevo »; no diré mejor, ni peor; pero sí « nuevo »; lo que me dió el presentimiento de que alguien la había poseído, pues cada hombre deja un rastro en la mujer que hizo suya.

EL AMOR (*Atajándole*). — ¡ Calla !

EL CORAZON. — Me acuerdo, también, de que en cierta ocasión la gran Cínica se atrevió a pregun-

tarle a Fabián si encontraba apuesto a « Fulano » — el hombre, precisamente, con quien le había engañado — y Fabián, que nada sabía aún, respondió que « sí ». ¡ Ah, la Maldita, la Perjura... la Liviana, que hizo de su cuerpo un camino !...

EL AMOR (*Con acento de ironía y de duda*). — ¿ Y dices que la quisiste ?

EL CORAZON. — Con toda mi sangre.

EL AMOR. — ¡ Y no puedes perdonarla ! ; Desdichado !... Si tu amor no aprendió a perdonar no sabe nada.

EL CORAZON. — Sabe odiar.

EL AMOR. — ¿ Y para qué odiar a la que ni un instante... ; compréndelo bien : « ni un instante » ! dejó de quererte ?...

EL CORAZON (*Palideciendo*). — ¿ Ni siquiera en el momento de entregarse a otro hombre ?

EL AMOR (*Convencidamente*). — Ni aun entonces. Me consta. ; Estaba yo allí !...

EL CORAZON. — ¿ Por qué se dió, pues ?

EL AMOR. — No sabría explicártelo.

EL CORAZON. — ¿ Quieres decir que en su adulterio no intervino su conciencia ?

EL AMOR. — No.

EL CORAZON. — Que se rindió por capricho...

EL AMOR (*Sin dejarle concluir*). — Exactamente : por capricho... por aburrimiento... por impresionabilidad excesiva... ; Oh ! ¿ Cómo razonar precisamente lo que hacemos a espaldas de nuestra razón ?...

EL CORAZON. — ¿ Tanto peor para la muy frívola, que dilapidó mi tesoro así !...

EL AMOR. — Escucha... Yo te ruego... (*Cruza las manos.*)

EL CORAZON. — No prosigas. El único comentarista a mi infinito dolor deber ser el silencio. Callemos. Ya que echamos a perder una realidad — que fué hermosísima — no echemos a perder también su recuerdo.



## M O M E N T O C U A R T O

**M**IENTRAS el Corazón y su divino Huésped discuten, nuevos personajes van penetrando en aquél. Componen una especie de floración movediza y terrible, y son tantos que la adolorida entraña trabajosamente puede contenerlos.

Los principales son :

El Valor, que se distingue de los demás por su purísimo perfil romano; el Orgullo, que nunca hablará sin antes cruzar los brazos sobre el pecho; la Soberbia, rígida como una lanza, porque su espina dorsal carece de vértebras; la Ilusión, representada por una mariposa; los Celos, crañas negras, extraordinariamente agresivas y voraces, de las cuales hasta las mismas Pasiones se apartan recelosas; la Tradición; voz de la Raza y madre de los Celos; y el Insomnio, especie de cómitre encargado de disciplinar a éstos incesantemente. Llámale también « el Monstruo de la Cabeza Hueca », porque los Celos, que únicamente se alimentan de corazones y de cerebros, le devoraron los sesos. En su cara amarillenta fulguran, abiertos siempre de par en par, dos ojos enormes y febriles.

Alrededor de estas figuras se arraciman otras muchas, cuya filiación haría esta acotación intermi-

nable, pues representan todos los gritos, todas las emociones contrarias y todos los enemigos impulsos, que bullen en el fondo de nuestra pobre alma y la destrozan.

Nuevamente se produce un fuerte y rencoroso rumor de motín. Los Sentimientos van y vuelven, semejantes a las olas de un mar embravecido, y su muchedumbre alcanza al horizonte y lo llena de horror. Por todas partes resuenan insultos y protestas airadas. Las Pasiones, a hurtadillas, afilan sus puñales.

EL ORGULLO (*Interpelando al Corazón y refiriéndose al Amor, que suplica puesto de hinojos*). —  
¿ Hasta cuándo tendrás paciencia para escucharle ?

UNA VOZ. — ¡ Muera el reo !

MIL VOCES. — ¡ Muera !

EL CORAZON (*Nuevo Pilatos*). —  
¿ Qué hacer, sino entregarte a la furia de tus enemigos ?

EL AMOR. — Aun puedes salvarme.

EL CORAZON (*Claudicante*). —  
¿ Cómo ?...

EL AMOR. — Puedes salvarme...  
¡ y salvarte conmigo !... porque la quieres... porque todavía, sin que tú lo sepas, « Ella », vive en ti.

EL CORAZON. — Desfallezco.

EL AMOR. — Vuelve a « Ella »;  
búscala en tus entresijos; « Ella »

es tu Dios, tu Luz, tu Vida... ; Invócala !... ; « Ella » te dará fuerzas contra todos !...

EL CORAZON (*Buscando por todas partes*). — « Ella »... ; dónde está ?... ; Dónde ?... ; Dónde ?...

*En un rincón, el Olvido y la Ingratitud se consultan con los ojos — unos ojos que nunca lloraron — y sonríen, ufanos de su obra.*

EL ORGULLO (*Al Corazón*). — ; « Ella » aquí otra vez ?... Pero ; la quieres todavía ?...

EL CORAZON (*Sin poder contenerse*). — ; Todavía, sí !... ; Con toda mi alma !...

EL ORGULLO (*Furioso*). — Te desprecio.

LA VANIDAD. — ; Cobarde !

LA SOBERBIA. — ; Miserable !... (*Le escupe.*) ; No te avergüenzas de recoger las caricias que tus rivales, los que te hicieron cornudo, no quisieron ?...

LA TRADICION. — ; Cómo pudiste perder hasta ese extremo la dignidad de tu raza ?

LA SOBERBIA. — Para doblarme como tú, mi espinazo, tendría que romperse.

EL CORAZON (*Al Amor*). — Mándales callar.

EL AMOR (*A la multitud*). — ; Silencio !

VOCES. — ; Calle el traidor !...

EL ORGULLO. — Hallo natural que él, la cocota disfrazada de dios, defienda su causa. Pero tú... ; tú !... (*Al Corazón.*) Tú me das asco.

EL CORAZON (*Humildemente*). — Yo también me doy asco. ; Dichoso tú, que no puedes amar !

EL ORGULLO. — Me voy. Este ambiente de pudridero me ahoga. Yo nací para respirar el aire frío, pero sin miasmas, de las cumbres.

EL CORAZON (*Aparte*). — ; Imbécil !... Si jamás te hubiese dado alojamiento, ; cuántos dolores me habría ahorrado !

EL ORGULLO. — Me voy. Esta es mi venganza : dejarte. (*Hace ademán de retirarse.*)

UNA VOZ. — No te vayas.

LA TRADICION. — Quédate. ; Qué sería de mí si tú me faltases ?...

VARIAS VOCES. — Te elegimos por nuestro Jefe. Sólo tú puedes librar-nos del Amor que nos infama a todos.

LARVA PRIMERA. — ; Viva el Orgullo, nuestro rey !...

MUCHAS LARVAS. — ; Viva, viva !...

EL CORAZON (*En voz baja*). — Esos vítores suenan a cantos funerales.

LA ILUSION (*Aparte y revoloteando de un lado a otro*). — No sé dónde posarme.

UNA LARVA. — Si no hallas lugar donde apoyarte, húndete de una vez.

VOCES. — ; Viva nuestro Rey !...

EL IDEAL (*Hablando consigo mismo*). — El orgullo es mi mejor amigo. Creo que me he salvado.

EL ORGULLO (*Aparte*). — ; Aceptaré la jefatura que me ofrecen ?... Mi enemigo es todavía demasiado fuerte.

EL INSOMNIO (*Avanzando*). — ; Le tienes miedo ?... (*Refiriéndose al Amor.*) Pues si te inspira miedo retírate, que para echarle de aquí me basto yo.

*Los ojos insomnes del Monstruo de la Cabeza Hueca relucen empavorecedores. Todos los Sentimientos le miran asustados. Es evidente que algo extraordinario y terrible va a producirse.*

EL ORGULLO. — ¿ Qué te propones ?

EL INSOMNIO (*Haciendo restallar en el aire su látigo*). — ¿ Dónde están mis lobas ?... ; Adelante mi jauría !... ; Adelante !...

*Dóciles a su voz por todas partes surgen los Celos, las negras arañas de los ojos innumerables y de las tenazas sanguinarias.*

UNA LARVA (A otra). — ¿ Cuando entraron aquí estas fieras ?...

LARVA SEGUNDA. — Con el Amor llegaron : vinieron para defenderle y ahora le atacan. A muchos tiranos, con sus ayudantes les sucedió igual.

UNA LARVA JOVEN. — ¿ Y son, efectivamente, muy malos ?

UNA LARVA VIEJA. — El más pequeño de ellos destila, al morder, un veneno que no se cura nunca.

LARVA JOVEN. — ¿ Y no mueren ?..

LARVA VIEJA.— Nunca. No conocen la vejez; todas las mañanas despiertan jóvenes.

EL INSOMNIO (*Azuzando la furia de sus arañas a latigazos*). — ¿ Ahí tenéis vuestra presa !... ; Comed de ella !...

EL AMOR (*Aterrado*). — ¿ Piedad !... ; Piedad !...

EL INSOMNIO. — ¿ Devoradle !

EL AMOR (*A las Arañas que le atacan*). — Poco a poco, como vosotros hacéis, no se mata. ; De una vez se mata !...

EL INSOMNIO. — ¿ Acabad con él !... ; Hartaos bien, con tal de que luego me dejéis dormir !... (*Aparte*). ; Si yo pudiera dormir !...

EL AMOR. — ¿ Misericordia !... (*Su carne, que los Celos devoran, comienza a palidecer. Es evidente que se desangra.*)

LA SOBERBIA (*En voz baja y conmovida*). — Yo misma reconozco que su suplicio es demasiado cruel.

EL VALOR (*Aparte*). — Yo, contra esto, nada puedo hacer.

LA LUJURIA. — Ni yo.

LA AVENTURA. — ¿ Pobre Amor !... (*Se tapa los ojos*).

EL IDEAL. — ¿ Qué dices ?... ¿ Qué afeminamientos son esos ?... Considerad que, si él resucitase, nos mataría.

*El cuerpo yacente del torturado aparece cubierto de arañas; una de las más grandes, le muerde la lengua; otras dos, espantosas también, le devoran los ojos.*

EL AMOR (*Medio ciego ya*). — ¿ Dónde estás, Corazón ?... ¿ Por qué me abandonas así ?...

EL ORGULLO. — A no haberle engañado, tu imperio duraría aún; pero le burlaste, y te has perdido.

EL AMOR (*Moviendo en el vacío sus manos trémulas*). — ¿ Corazón... me matan !...

EL ORGULLO. — Eres tú quien se mata. Todos llevamos dentro un juez y, llegado el momento, cada cual se hace justicia a sí mismo.

EL AMOR. — ¿ Dónde refugiarme ?...

EL INSOMNIO. — No existe para ti « puerta de perdón ». A otros Amores, que pudieron ser fieles, les mató el Hastío; a ti, por inconstante, te matan los Celos. ; No esperes ser indultado !... En el mismo centro de la tierra, si allí te escondieses, mis arañas — las que devoran mi cerebro hasta enloquecerme — irían a buscarte.

*En momentos tales el Corazón ofrece el aspecto de uno de aquellos*

« quemaderos », donde se realizaban los autos de fe; y la lenta agonía del dios es tan horrorosa que todos los sentimientos guardan silencio. Las Larvas cuchichean.

LARVA PRIMERA. — ¿ Ha muerto ya ?

LARVA SEGUNDA. — No.

LARVA TERCERA. — Poco le faltará; la victoria es nuestra.

EL IDEAL (Que ha seguido el diálogo). — Todavía no. Conozco el poder de nuestro enemigo; mientras le quede una gota de sangre, puede resucitar. Mirad... mirad... (Las Larvas levantan sus cabecitas, amarillentas como gotas de pus). — La mariposa de la Ilusión no ha desplegado aun sus alas.

LARVA PRIMERA. — Y esa mariposa. ¿ qué es del Amor ?

EL IDEAL. — Es su Espíritu Santo.

*Pausa.*

EL AMOR (Balbuciente). — Corazón... Corazón... Mis pobres ojos te buscan y ya no te ven.

EL CORAZON. — Aquí estoy.

EL AMOR. — ¿ Qué haces ?

EL CORAZON. — Lloro.

EL AMOR. — ¿ Sufres ?

EL CORAZON. — Tanto como tú.

EL AMOR. — Luego... ¿ me quieres aún ?...

EL CORAZON (Apagando la voz). — Te quiero, sí...

EL AMOR. — Líbrame, entonces.

EL CORAZON. — No puedo; el Orgullo, la Soberbia y la Tradición me tienen sujeto.

EL AMOR. — Imponte a ellos y levántame. Todavía, a poco que me ayudes, volveríamos a reir los dos.

EL CORAZON (Sollozando). — Rodando bajé la cuesta florida. ¿ Cómo subirla otra vez ?...

Nuevo silencio trágico. Entre la multitud callada y cruel, que asiste al suplicio, se disimulan algunos Recuerdos Buenos, que el Olvido, no por distracción — porque el Olvido de nada se olvida — sino por falta de tiempo, no borró con su esponja. No pasan de tres. El primero es una vieja canción infantil, oriunda de Francia; una canción melancólica que evoca los tiempos de las pelucas blancas y de los sombreros bicornes, y que huele a rapé. El segundo es « Ella », en una tarde de Junio. El tercero, un parque umbrío, donde había una fuente. Al verse juntos surge en ellos el noble deseo de socorrer al Amor. Con gran sigilo bisbisean.

RECUERDO. 1º — ¿ Lo intentamos ?

RECUERDO 2º. — ¿ Cómo ?...

RECUERDO 3º. — Con la canción « La niña y el cura », que « Ella » le enseñó, y que él, cuando la tomaba en sus rodillas, para dormirla, solía tararear.

RECUERDO 1º. — La muchedumbre, despiadada que nos rodea nos mandará callar.

RECUERDO 3º. — No importa : Auxiliemos al Amor, que nos hizo bellos. Es nuestro deber.

*Sincrónicamente los tres Recuerdos Buenos se destacan del inmenso limbo de lo olvidado, y cantan acoplando las palabras sobre la monotonía de una veintena de notas matizadas de suave tristeza :*

— D'où venez-vous si crotté,  
Monsieur le curé ?...

EL CORAZON (Estremeciéndose).  
— ¿ Qué voz es esa ?...

EL AMOR. — ¡ Oh, delicia !... (Sonríe.) ¡ Te acuerdas ?...

EL CORAZON. — ¡ Quién puede cantar aún dentro de mí ?...

EL AMOR. — Tu Pasado canta, que soy yo...

EL CORAZON (*Deshaciéndose en lágrimas*). — ¡ Por qué me acuerdo ahora de esa tonadilla ? ¡ Cómo, en medio del espantoso drama que me aniquila, vuelve a mí la visión edénica de aquella tarde ?... (*Con brusca cólera.*) ¡ A ver, mis fieles guardianes !... El Orgullo, la Soberbia, la Ingratitud... ¡ cómo os dejáis sorprender así ?...

*Nadie responde : el hechizo musical es tan grande y se produce tan inesperadamente, que todos los sentimientos enmudecen. El Orgullo dejó caer los brazos, y hasta los Celos, paralizados de súbito, cesaron de morder. Asordinadamente y como envueltos en una neblina crepuscular, medio azul, medio gris, los Recuerdos Buenos prosiguen cantando. « Simona », la niña protagonista de la canción, repite su pregunta : « De dónde viene usted así, tan salpicado de barro, señor cura ?... » Y él, que tendrá los cabellos nevados y el semblante del color de la cera, responde :*

— De la foire et du marché,  
Simone, ma Simone;  
De la foire et du marché,  
Ma petite mignonne...

EL CORAZON (*Llorando sangre*). — Cuando cantábamos esto, « Ella » decía las palabras de « Simone » — ¡ ay, que sería rubia también !... — y yo las del cura, y al llegar a ese verso: « ma petite mignonne »... siempre la besaba.

EL AMOR. — ¡ Te acuerdas ?

*Los Buenos Recuerdos continúan la evocación inefable. La niña quiere saber lo que el señor cura le trae de la feria y del mercado, y aquél responde :*

— Unos zapatos blancos, para bailar.

SIMONA. — ¡ Cuándo me los dará usted, señor cura ?

EL. — Cuando sepas trabajar.

*Ella (la petite mignone) asegura que sabe hilar y coser, en vista de lo cual, él promete dárselos.*

*El pueril argumento sigue desarrollándose monorrítmico y dulce, y sus notas huelen a rosas marchitas.*

*Transcurrido un silencio de segundos, la voz de los Buenos Recuerdos vuelve a oírse.*

*Simona, antes de admitir el regalo, manifiesta deseos de confesarse, y el sacerdote la invita a decir « su pecado más grande ». Los ojos en el suelo, la cabeza doblada humildemente bajo el áureo raudal de sus cabellos, la niña responde :*

— C'est de trop vous aimer,  
Monsieur le curé...

*Sin alharacas de austeridad, sencillamente, el cura significa a la penitente que su amor es inadmisibile, porque ofende a Dios. Simona, llorando (debemos creer que llorando), exclama: « ¡ Entonces me moriré ! » Oído lo cual, el cura, sin deponer su dulzura habitual, declara, inflexible :*

— Alors on t'enterrera,  
Simone, ma Simone;  
Alors on t'enterrera,  
Ma petite mignonne...

*Las últimas notas acaban de extinguirse desmayadamente, y el Corazón se ha llenado de quietud. ¿ Por qué siempre los grandes amores hallarán en la Muerte su desenlace ?... Ya Simona no existe; vestida de blanco y con los zapatitos que hubiera podido lucir en el baile,*

*la bajaron a la tierra una tarde, y hoy la tumba de « la petite mignonne » huele a humedad y a flores.*

EL AMOR (Al Corazón). — ¿ Oíste ?... Y si oíste (rencoroso) ¿ de qué clase de carne estás fabricado que el Dolor no te rompe ?...

## M O M E N T O      Q U I N T O

**A** PENAS desvanecido el hechizo musical que produjeron las voces de los Recuerdos Buenos, el gárrulo estrépito de la muchedumbre amotinada se reproduce y los Celos reanudan su festín.

EL ORGULLO (*Recriminando con las miradas a las Pasiones*). — ¿ Por qué calláis?... ¿ Qué significa esa claudicación?..

EL IDEAL. — Yo no claudico: si callaba es porque en lo que acabamos de oír también había arte.

EL ORGULLO. — Arte afeminado y malsano. ¿ Yo rechazo el arte cuando pretende servir de escudo a la traición!

EL INSOMNIO (*Azotando a su enjambre de arañas negras*). — ¿ Muera el felón!...

EL AMOR (*Sin resignarse a morir*). — ¿ Otra vez?... (*Al Corazón*.) ¿ Qué haces?... Una palabra tuya me salvaría.

EL CORAZON (*Vacilando*). — No sé... no sé si podría decirla...

EL AMOR (*Gritando desesperadamente*). — ¿ Dila! ¿ No comprendes que tu felicidad depende de ti?...

EL CORAZON (*Abúllico*). — No puedo... no puedo...

*Atemorizados ante sus titubeos, todos los principales Sentimientos le cercan, y cada cual procura*

*arrastrarle consigo. Calla el solicitado; en cambio, el Amor — sólo contra todos — responde por él, indomable, no obstante su infernal agonía.*

LA LUJURIA (*Al Corazón*). — Sígueme. ¿ Olvidaste mis orgías?... Ahora que Fabián es célebre, yo sé de centenares de bellas mujeres que le aguardan desnudas.

EL AMOR. — ¿ De qué te servirán?... Unicamente yo poseo el secreto de reanimar su carne. Tú, si yo no te ayudo, si no te ilumino, enseguida te cansas.

LA AVENTURA (*Al Corazón*). — Oyeme a mí; hay algo tan delicioso como una mujer nueva, y es aquel sendero por donde nunca pasaste.

EL AMOR. — La hermosura de los caminos no reside en ellos, sino en la alegría que lleva consigo el caminante... ¿ Y esa alegría de mí depende!... ¿ La Risa no entra jamás en las almas de donde yo me fuí.

LA AMBICION. — Yo te daré todos los honores...

EL AMOR (*Sin dejarle concluir*) — ¿ Para qué los querría, si, faltándole yo, no tendría a quién ofrecerlos?...

EL IDEAL. — ¿ Entrégate a mí! Yo soy casto; yo no te fatigaré; yo sabré encender un sol dentro de ti...

EL AMOR. — ¡ Mentira !... Tú no eres un sol; tú no brillas con luz propia, sino con luz refleja. ¡ Yo, sí; yo soy el Sol !...

*Maravilla la energía con que el dios se defiende. Los Celos mordieron tanto en él, con tan furiosa prisa le devoraron, que aquí y allá se le ven los huesos. Sin embargo, su voluntad no cesa. Afásico y medio ciego, y no obstante el probado delito de traición que le desautoriza, todavía ataca.*

*El Corazón calla, ya sin fuerzas.*

EL AMOR (*Dirigiéndose a él*). — ¡ Ven a mis brazos !...

VOCES. — ¡ No... no !...

EL AMOR — ¡ Yo valgo más que todos !... ¡ Yo soy la Lujuria, yo soy la Ambición, la Aventura, la Risa, el Triunfo... el Ideal !... Fuera de mí no busques nada. Teniéndome a mí lo habrás todo dentro de ti mismo.

VOCES. — ¡ Abajo el charlatán !

EL AMOR. — Antes lo dije : ¡ soy el Sol !... Con todos mis defectos, con todos mis perjurios... ¡ soy el Sol !

VOCES. — ¡ Fuera... fuera !...

EL AMOR (*Rompe sus ligaduras de flores marchitas. Cubierto de arañas, según está, consigue levantarse y acercándose a las paredes del Corazón las golpea con sus manos*). — ¡ Soy el Sol !... (*Gritando*) Y si me expulsas de tu lado Dios te maldecirá; serás infecundo, serás el vacío... y en la horrorosa tiniebla que ha de llenarte nadie querrá vivir. ¡ Acabarás solo !... Y cuando tu último latido se pierda en la Muerte sobre ti no caerá ni una lágrima.

*Acongojado, el Corazón no responde.*

LA SOBERBIA. — Es intolerable. ¿ Hasta cuándo hablará ? ¡ Que le cosan los labios !

EL AMOR. — ¡ Pelearé hasta morir ! Yo soy como Sansón; este Corazón que me disputáis es mi templo; cuando me sienta perdido lo hundiré, y todos los filisteos perecerán conmigo.

LA VANIDAD. — ¿ Yo ?... (*Remilgosa.*) ¡ Te guardarás muy bien de lastimarme !...

LA SOBERBIA. — Y a mí.

EL AMOR. — ¡ Callen « las alegres comadres » !... (*Avanza denodadamente.*) Corazón : ¿ me quieres ? Contesta... ¡ Aun podemos salvarnos !...

EL CORAZON (*En un instante de debilidad*). — Te quiero; harto lo sabes. Pero, di... ¿ volverás a engañarme ?...

LA SOBERBIA. — ¿ Qué dice ?...

LA TRADICION. — ¿ Será capaz de creer en quien lo convirtió en hacerme de sus amigos ? ¡ Qué ausencia de dignidad !

VARIAS VOCES. — ¡ Qué vergüenza !

EL AMOR (*Al Corazón*). — Tuyo siempre... ¡ Más tuyo que nunca !... (*Trata de besarlo*).

LA ILUSION (*Revoloteando*). — ¡ Qué júbilo ! ¿ Qué sucede ?... ¡ Parece que está levantándose el Sol !...

EL ORGULLO. — ¡ Esto es indignante !

VOCES. — ¡ Mátale !... ¡ Mátale !...

EL ORGULLO. — ¡ Sí ! (*Furioso*) ¡ Aunque todos muramos con él !... ¡ Toma !... (*Se apodera de la espada que el Valor no se atreve a esgrimir, y abalanzándose sobre el dios le da un golpe fatal.*)

EL CORAZON. — ¡ Ay !... ¡ Amor !... ¿ No respondes ?...



EL ORGULLO. — Acabo de matarle.

EL CORAZON. — Maldito seas.

LA AVENTURA (Con fingida alegría). — Ya eres mío...

LA LUJURIA. — Ya eres nuestro.

VOCES. — ¡ Ya eres libre, ya eres libre !...

LA TRADICION. — Así, digno de mí, me gusta verte.

EL IDEAL. — ¿ Volverás al trabajo ?...

EL CORAZON. — ¡ Miserables !...  
¿ Para qué quiero ser libre ?...  
¿ Para qué quiero trabajar ni qué me importa ser digno ?... ¿ Para qué, si El era mi vida y lo habéis asesinado ?... (Llorando) ¡ Amor mío !... Ahora que estás muerto, ahora que te he perdido... ahora que nunca... ¡ nunca ! volverás a cantar dentro de mí, comprendo tu poder.

EL ORGULLO. — ¡ Yo te sostendré !...

EL CORAZON. — ¡ Imbécil !... ¿ No sabías que matándole a El me matabas a mí ?...

*Al decir estas palabras el Corazón se rompe, y la Ilusión, cuyas alas irisadas han palidecido súbita-*

*mente, se desploma dentro de él, como sobre una tumba. Una tiniebla profunda le envuelve. Silencio absoluto.*

EL IDEAL (Acercándose al Corazón y sacudiéndole). — Vuelve en ti... reacciona... ¿ No me oyes ?... (Dirigiéndose a las Pasiones que se miran asustadas.) Sin duda se trata de un colapso.

EL ORGULLO. — No... Me parece que ha muerto también.

LA VANIDAD. — ¿ Ha muerto ?...

VOCES. — Ha muerto, sí... ¡ Ha muerto !...

TODOS (A coro). — ¡ Huyamos !...  
¿ Qué hacemos aquí ? Esto huele a podrido. ¡ Huyamos !...

*El Ideal, la Lujuria, la Vanidad, la Ambición, el Insomnio, los Cielos, etc., escapan precipitadamente. Pausa. Despojado ya de afectos el Corazón continúa latiendo con una vida exclusivamente animal.*

LARVA PRIMERA. — ¿ Se fueron todos ?

LARVA SEGUNDA. — Todos.

CORO DE LARVAS. — ¡ Por fin el hotel quedó vacío !... Ahora comienza nuestro reinado.

*duardo amacvis.*

Buenos Aires, Diciembre 1947.

*La Novela*  
**ESPAÑOLA**

repetirá en su próximo número el alarde de divulgación popular de la obra esencial de los grandes poetas españoles contemporáneos que inició con

# ROMANCERO GITANO

de

FEDERICO GARCIA LORCA

publicando, con motivo del IX aniversario de su muerte en el exilio, la más completa antología popular del glorioso poeta

ANTONIO MACHADO

# CAMPOS Y HOMBRES

# DE ESPAÑA

presentada igualmente por el gran periodista

MARIO AGUILAR

con un prólogo titulado

# LAS SIETE FIDELIDADES DE ANTONIO MACHADO

Precio del ejemplar : 30 francos.

**VIENT DE PARAITRE**

**JOSEP M.<sup>A</sup> POBLET**

**TRES MESOS  
I UN DIA  
A NOVA YORK**



**L. E. E.**

PARIS - TOULOUSE

**PRIX : 150 FR.**

**ADHERIOS A LA**

**CRUZ ROJA**

**ESPAÑOLA**

ARGÜELOS

**ADHESIONES Y DONATIVOS AL  
COMITE CENTRAL EN FRANCIA  
51, Rue Pargaminières, TOULOUSE (Hte-Gne)**

**REVUE LITTÉRAIRE BI-MENSUELLE — IMPRIMÉE EN FRANCE  
Le Gérant : Thomas SAN JOSÉ**